

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
COLECCION DE FOLKLORE

BUENOS AIRES

150

INGENIERO WHITE

Maestro RICARDO PEDERNA

Escuela Nº 116

Fojas 10

OBSERVACIONES

1/6

Chiquiero White Provincia de Buenos Aires

Escuela Nacional N° 116

Narración hecha por el director Dr. Ricardo Fiedler, a quien se le relató Dña. María Bordón de Lora^(Argentina), muerta a los ochenta y cinco años de edad en el año 1915, tía abuela de su esposa Dña. Concepción Urdinola (Argentina)

Fausto

Comienzo el año 1840. Fausto era uno de esos tipos criollos que antaño han poblado las campañas argentinas. De ojos vivaces y penetrantes, en sus pupilas se proyectaba siempre un rayo de valor e inteligencia. Alto, bien plantado, erguida la cabeza, parecía uno de esos gauchos legendarios de que nos han hablado Ceballos, Sarmiento, Hernández, Gutiérrez y tantos otros escritores argentinos.

Vestía a la antigua usanza: chaqueta negra en seda bien planchada, pañuelo blanco de igual clase primorosamente amarrado al cuello y chambergo negro de ala verticalmente levantada adelante que le daba el aspecto agreste e imponente de una frente varonilmente ligera.

El resto de su pintoresca indumentaria lo componía, como la de la mayor parte de los campesinos del parado, el chiripá, calzoncillo arribado, botas de ~~patro~~ y mazaremas.

Trasaba en los treinta años. De tez blanca hermosaban su rostro una barba nascente, pelo castaño oscuro que terminaba en punta en la perilla. Su nariz, graciosamente aguileña, formaba

una prominencia vigorosa en medio de aquellos contornos masculinos tan tanto subrayados por la delicadeza del arreglo.

Era el mejor jinete de toda la comarca varelese. Domador insigne, su figura era precisa e infaltable en todas las gerras y donadas en veinte leguas a la redonda.

Las mozas criollas del pago le admiraban así como le respetaban el facinoraje por su sencillez y varonil apostura diversificada de modestia peculiar.

Loucas, dicharachero, ejercía atracción de simpatía a cuantos le conocían. Poseedor de una imaginación rápida sabía sacarle provecho en su oportunismo. Las más de las veces encantador por su gracioso de alto sabor criollo.

Bailarín de pura cepa, su presencia era infalible en cuanta fiesta de santo y velorio de angelito se realizaba en el pueblo, en donde lucía sus habilidades de zapateador y malambista.

Así pues, era consecuencia natural y lógica que a su alrededor se bordaran mil conjeturas de conquistas amorosas, en que, como atraídas, por una sugestión innata en la mujer por los grandes prestigios masculinos, muchas de aquellas doncellas criollas se sintieran dominadas por el influjo del Adonis agreste cuyo nombre simbolizaba al famoso compañero de Mefistófeles.

En cierta ocasión fui invitado a una tertulia que se realizaba en conmemoración del onomástico de mi tía Ciperiana, vecina campanuda, ricanona y viuda por añadidura, que vivía en la calle Real del partido, a donde concurrieron algunas mozas sacaderas, raudas de vida y líneas incitadoras en el busto nasiente

73 / 3
y erguido como en las prominentes curvas en donde parecería que la providencia había volcado su mano escultórica.

Allí estaba la predilecta de su cariño, una vareleuse hija nacida en la chacra de los Sosa, cuyos ascendientes hacía más de setenta años habitaban en el lugar. Su nombre era Fidela.

Segura del cariño de su Fausto, a Fidela no la acechaban las dudas y era así que no la alarmaban las furtivas e impertinentes miradas sonrientes de sus muchas adversarias prendadas del gauchito ladino.

Así es como entre ellas se destacaba una encantadora mo-
rucha llamada Jacinta, guapa en su gentil personita como agraviada por la indiferencia con que Fausto la dejara des-
pués de algunos requiebros y galanteos.

Ofendida en su amor propio de mujer consciente de su valor femenino, no iba a dejar de aprovechar la primera oportu-
nidad para lincarlo su apostrofe tremendo; así que al invitar la Fausto a bailar una habanera dormilona piensa poner en práctica su diabólica sentencia para zaherir el amor propio del digno gauchito, diciéndole en uno de los giros de la danza, en el cual ha dejado un pie fuera del compás a fin de recibir un pisotón de su compañero.

— ¡Ay! caballo, que me ha pisao...

Sorprendido Fausto ante la inesperada y agresiva actitud de Jacinta, cuya voz alcanzaba a percibirse en el recinto, entre el asombro y la expectación de los concurrentes, en el mismo instante, como si los corrientes internas se polariz-

4

14

4

garau desde el corazón al cerebro y viceversa, entre la indignación que subía y el pensamiento que descendía triunfante desde el cerebro, sonriente y nervioso, detúvose en medio de la danza al mismo tiempo que exclamaba:

— ¡Pare la música, que se ha marcado una
seguia !...

Ricardo Rodríguez

Septiembre 14/92

5 5

Ingeniero White Provincia de Buenos Aires

Escuela Nacional N° 116

Narración hecha por el director de la escuela Don Ricardo Pedernera, a quien se lo relató su señora madre Doña Aurora Acuña, argentina, de 80 años de edad, la cual ha oído de boca de Doña Mariquita Bordón de Loria, argentina, muerta a los 85 años de edad en el año 1915.

La hazaña de Don Lorenzo

En unos campos que limitan los partidos de Florencio Varela y San Vicente, en las proximidades de Gleno, Almirante Brown, hacía mas de sesenta años vivía la familia de Lora, quien tenía por vecinos a su chacra a Pablo, hermano suyo, tan criollo y bondadoso como él mismo.

Hombre que en sus mocedades había llevado una vida tranquila y apacible a fuer del silencio que la distancia al poblado le imponía vivir en medio del arrobamiento ensimismado de la pródiga vegetación que le rodeaba, solo de vez en cuando, surtía su fango, bien enjazzado el reluciente apuro, salpicado, simétricamente distribuidas, de virolas de fina plata, que brillaban desde el freno corcojoso hasta el estribo de ancha taca macisa, exquisita y artísticamente cincelada.

De complejión hercúlea, sus músculos habían sido acerados en la labor centáurica de la redoma bagual del caballo criollo nacido y criado a la de Dios, en el bosque y sumaranado y virgen de

las selvas vecinas. Aún, pues, su presencia, a pesar de los 65 años que pesaban sobre su existencia, exteriorizaba la vigorosidad de su físico invulnerable todavía al quebrantamiento muscular pronunciado que la edad impone.

Cubierta de nívea blancura la cabeza por la acción transmutativa de la edad, aún llevaba impresa en ella, en altos relieves, la abundancia del cabello en un piramidal jopo volcado hacia atrás que daba la impresión de estar frente a una fuerza orgánica vital concordante con la pureza vivificadora del ambiente triunfal de la Naturaleza.

La barba y el bigote solo entremezclaban uno que otro pelo negro, lo que venía a formar un marco de dignidad respetable al rostro de aquel hombre. Sin embargo, su voluntad, por la acción de la vida sedentaria, había marchado en sentido inverso al vigor físico.

Poco a poco, pues, todo su sistema muscular, iba siendo estrangulado por la coerción moral destinataria que lentamente le carcomía, y el viejo don Lorenzo se dejaba sustraer, cada vez con menos resistencia, al calor de la cocina.

Así que el sitio predilecto de don Lorenzo, insensiblemente, era aquel lugar, en donde, alrededor de un fogón hecho expresamente para él, por disposición suya, se destizaban sin inquietudes las horas del día, sorbiendo incesantemente el mate amargo que alguno de la familia le servía.

Chutado casi siempre al pie de la hoguera alimentada

4 7

con el morle enchalado y seco del choilo desgranado para las gallinas, la figura estatuaria de don Lorenzo casi no se percibía en medio de la cocina velada por la densa humareda que producía aquel residual elemento al ponerse en combustión.

Sin embargo, la voz ronca de don Lorenzo aún poderosa en su emisión pulmonar, a cada rato repercutía en los ambientes de la casa en demanda de algún objeto, que requiera, sin alarmarse, aunque estuviera al alcance de su mano.

Everardo era un nieta suyo, muchacho de diez años de edad, despierto y vivaracho, que, jinete en pelo, como alma que lleva el viento Diabla, todas las tardecitas hacía el rodeo para las casas de la hacienda vacuna y caballar que sus abuelos poseían.

Una tarde del mes de Diciembre de 1865, cuando el nieta de don Lorenzo, apenas se divisaba en la lejana horizontalidad de la llanura del campo silencioso por la ^{hora} del recogimiento de la Naturaleza, entre el charquido del rebenque y el ruido del tropel jadeante de la hacienda, la voz del abuelo, en un eco cuya estridencia repercutía débilmente, llegó hasta los órganos auditivos de Everardo, quien deteniendo súbitamente al flete oyó claro el acento del viejo don Lorenzo que decía:

— ¡Everardo!... ¡Everardo!... ¡Muchacho!...

Everardo volvió bridas al animal, apurado a rebenque

y talón entre los ejes.

Detienele frente a la puerta de la cocina en la seguridad de que al pobre abuelo le ocurriera alguna desgracia. Desciende y aún con las riendas en la mano, le dice al abuelo que con la vista fija mira, sin levantarla, al fuego del fogón:

- ¿Qué le pasa, tatita Lorenzo?..
- Pero muchacho, apuráte!... le responde
- Aquí estoy, diga....
- Alcanzame esa brasita, pa encender el cigarro, muchacho!...

Ricardo Pedernera
7.

Septiembre 15/921

Bahia Blanca Provincia de Buenos Aires

9

Ingeniero White, Buenos Aires
Escuela Nacional N° 116

Narración hecha por el director de la escuela Sr. Ricardo Pedernera, a
quien se le relató don Justo Juan Lamata de 40 años de edad hijo de su
esposa Doña Concepción Verdindola.

El jorro de las Guerrero

En el camino Real que conduce del partido de San Vicente a la
estación Gleser, a la izquierda de esta vía carretera, habían vivido desde
hacia más de ochenta años los ascendientes de las Guerrero, señoras
que en su juventud habían hecho época por las expresivas líneas
corporales de compleción armónicamente morbida.

Provenían de una inmensa extensión de ricas tierras en el ejido
del partido de Almirante Berrero, el apellido era conocido en todos los
pueblos vecinos en los cuales sustentaban la comidilla de las conversaciones
por la práctica y desahogada posición económica en que vivían.

Estas señoritas descendientes de aquellos, en otros tiempos acacida-
lados ~~estancios~~ estancieros, conservaban aun grandes extensiones culti-
vables del patrimonio de sus antepasados, que a la sazón arrendaban
en fraccionamientos importantes.

Componían la familia, tres hermanas, de las cuales una
de ellas, Edwidge, cargaba, además de los 50 años que la agobi-
aban, todas las intemperancias de una fealdad canchalesca en el rostro.

un poco que exaltaba una prominencia nasal melistoférica.

La casa de la chacra donde residían se levantaba a veinte metros adentro del arco que daba el camino, de modo que con Edurijes a la cabeza, se oían aparecer, cuando el ruido de los cascos de algún jinete, rompía la monotonía del andrullo, las siluetas de las otras dos hermanas, Ciriaca y Petrona, que puestas una mano en forma de ala sobre las cejas ^{con la vista} sondaban el horizonte en actitud de reconocimiento del forastero que se aproximaba.

El apogeo del dios Cronos estaba sintetizado en la adición de aquellas tres divinidades femeninas que las tempestades del tiempo habían marchitado a su paso inexorable. Por ellas, solitarias e irresistibles a la acción arrasadora y destructora del físico, por un innato sentimiento femenino de reacción rehatitadora, reducían su imaginación con mil pertinaces e ^{serias} ~~inmansas~~ esperanzas que a poco se enconcrecían con los negros nubarrones de la realidad.

Como costumbre criolla y campesiniana, de vez en cuando hacía alto algún recero, que era recibido con la habitual atención y el cual sociaba su sed al pic del brocal del pago de la casa.

Entre los forasteros que a menudo hacían su descanso en la chacra de las Guerrero, se destacaba un apuesto prasiante, muy admirado por ellas, muy cumplido y caballero él, de estatura regular, no mal parecido y digno porte. Se llama. La Manuel Casas.

Sea porque el calor tropical de los días de Enero del año 1885

le aguzaran la sed implacablemente, sea porque la distancia recorrida, después de dos horas largas de golpe en la carretera bajo el quemante sol, le impulsara un leve descaño, el caso es que Casas detuvo su flete frente a la tranquera de las guerrero, quienes ya lo esperaban insinuantes y comedidas.

A Manuel no se le habían escapado las atenciones solícitas de las "muchachas", como ellas se llamaban, y en lo íntimo de su ser había experimentado una instintiva repugnancia hacia aquellos agrietados rostros en cuyos ojos se reflejaban ridículas expresiones de súbitas hercúlicas críticas.

Casas estaba exhausto de sed. Movió el jarro que descansaba al pie encima del brocal del pozo y afluyó a su imaginación, con insistencia perturbadora, la idea de que sus labios resaca-
gaban la posibilidad de posarse junto al borde de aquel utensilio en donde tantas veces se habían frotado los marchitos labios solteroniles.

Pero su ansiedad, su sed, la sed, lo devoraban. Un rayo de alegría iluminó su rostro, poniendo a ríe, en presencia de las guerrero, tomó el jarro, lo llenó de agua fresca, y lo llevó a sus labios de manera a beber por el borde junto a la oreja del ^{vaso} jarro donde quizá ellas nunca lo habían hecho.

En su mismo instante, Edurjes, dominada por incontenible alegría exclama:

- ¡~~Guerra~~! - ¡Vea qué casualidad! tiene el mismo gusto!

¡Por ahí mismo tomamos agua nosotras!....

Septiembre 15/921

Ricardo Rodríguez
E.

Ingeniero Chileno, Provincia de Buenos Aires
Escuela Nacional N° 146

Director: Ricardo Pedernera.

Contado por Benito Lora, tío segundo de mi esposa
de 40 años de edad.

Cuento:

Había una vez un rey a quien para que lo fuera
hubo necesidad de peinarlo pues no había acostumbra-
do a hacerse rascar.

Fue tanto el sufrimiento que tuvo que
reportar al someterse a la acción del peine ~~que~~
para al hacerse rascar se lo no no encontró otra
forma mayor para aplicar a los que cometían
algún delito.

Así pues cuando le presentaban un delin-
cuente el decía: Sientelo, peinelo y desquentalo.
(Salí por una puertita, salí por otra para
que todo me cuenten otro.)

Juquien White, Provincia de Buenos Aires
Escuela Nacional N° 146
Director: Ricardo Pedernera.

Refranes.

A otro perro con ese hueso.

Hasta la hacienda baguala cai al foguero con la seca.

El que se va sin que lo echen, creche sin que lo llamen.

Predicar en desierto, sermón perdido.

A buen entendedor, pocas palabras.

No hay peor sordo, que el que no quiere oír.

El ladrón se cree que todos son de su condición.

Al que madruga, Dios lo ayuda.

Ingeniero White, Provincia de Buenos Aires
Escuela Nacional N° 116
Niños: Ricardo Pedernera

Orucillos

Maria Lavaba
En el conector
Los ricos pañales
De nuestro señor

Maria Lavaba
San José tendía
Al niño Lavaba
Del frío que hacía

San José
Aluz mayor
Daba los pañales
Que para el señor

Ingeniero White, Provincia de Buenos Aires
Escuela Nacional N° 116
Directos: Ricardo Pedernera.

Juego infantil

A Ktocha va una niña carabí
Hija de un exhibidor carabí, urí, urá.
¡Que hermoso pelo tiene, carabí!
¿Quién se lo peinará? carabí urí urá

Se lo peina en tía, carabí
Con mucha rapidez, carabí, urí, urá
Los peines son de oro, carabí
¡Horquillas de plata, carabí, urí, urá.

Ingeniero White, Provincia de Buenos Aires
Escuela Nacional N° 46
Director: Ricardo Pedernera.

Refranes.

El que escupe al cielo, le cae en la cara.

Manda más que un maestro escuela.

Humo, gotera y mujer vocinglera, echan al hombre de su casa afuera.

El que mucho abarca, poco, aprieta.

En boca cerrada, no entran moscas.

El mono aunque se vista de seda, mono queda.

Ingeniero White, Provincia de Buenos Aires
Escuela Nacional N° 116
Director: Ricardo Pedernera.

Dichos populares

De las aves que vuelan me gusta el chanchito
Y de las mejores frutas las empanadas

Así es la suerte, amigo, hoy nos ríe la fortuna,
mañana nos da un querezo.

Tengo quien pecho y quien lomo
Para servir a usted.

¿A mí?..... ¡con las uñas se pelan las chauchas!

¡Paróje en trompo en la uña!

¡Le salió el brio por la culata!

¡Que risa le da al talón cuando la media está rota.

mas risa le da a la bota, cuando el pantalón es corto!

¡ Aflojile que colea!

¡ Qué calor con tanto viento!

¡ Si se me rompe... no hay comercio!

Cuando andamos, decía el mosquito....

¡ Le queda como pedrada en ojo de boticario!

¡ Le queda como pedrada en ojo tuerto!

¡ Viene como de perilla!

¡ Va cayendo gente al baile!

Ingeniero ~~Wille~~, Provincia de Buenos Aires
Escuela Nacional el 446

Director: Ricardo Latorre.

Aprendido de mi madre en mi infancia, María Antonia
Acuña que aun vive, contando 80 años de edad.

Juego infantil:

- Don Juan de las Casas Blancas
¿Cuántos panes hay en el horno?
— veinte y cinco y un quemado.
— ¿Quién lo quemó?
— Este pícaro ladrón.
— Ahorquenlo por asesino y ladrón.